

Idea de Hispanoamérica

Jorge Siles Salinas-Vega,

Presidente del Instituto Boliviano de
Cultura Hispánica.

Dos son, a mi entender, las funciones principales de la política: una, que podría llamarse de *revelación* y cuya finalidad específica consiste en crear un nuevo clima o conciencia, en hacer evidente algo que sólo de lejos se presentía; la otra, programática, sirve para señalar las metas y los objetivos concretos de la lucha por el Poder. Si la acción del político se reduce a lo primero, no queda de su obra más que un débil mensaje, sin validez operativa. En el caso inverso, la mera formulación de programas, si se carece de una sincera problemática sobre los orígenes, las formas, el destino de la sociedad, se desvanece en simples "movimientos de opinión".

Quisiera hoy referirme sólo a la primera actividad, en que, a mi juicio consiste la política. La política es, en este primer aspecto, un intento arduo, con frecuencia angustioso y sin premio, por despertar en los miembros de la colectividad la conciencia de su propia situación, por poner en claro ante ellos una realidad social que les es común, que se postula como previa a toda discusión y que, sin embargo, no es lúcidamente percibida por grupos numerosos, inasequibles a nuevas intuiciones políticas. Pues ocurre con frecuencia mayor de lo que puede suponerse, que los hombres, sumergidos en una situación histórica real, viven ajenos a la evidencia de este hecho, sujetos a las exigencias de lo inmediato, sin alcanzar a percibir las corrientes que circulan en torno suyo ordenando la vida y dando un sentido a las relaciones sociales. Sólo una vigorosa conciencia política, actuando desde la base del sistema de creencias vigente, puede derribar los prejuicios y los falsos hábitos que impiden la formación de lo que Schmitt llama la idea política primaria de amigo y enemigo.

Acaso pocos ejemplos pueden mostrar tan claramente lo que es vivir de espaldas a una realidad propia evidente, como el caso de Hispanoamérica. El horizonte político de las nuevas generaciones hispanoamericanas se ha ampliado profundamente a la luz de las ideas nacionalistas. De pronto se

nos ha ofrecido la realidad espléndida, luminosa, de la unidad de vida de los pueblos hispanoamericanos. Pero, ¿cómo explicar la novedad de esta imagen? ¿No han vivido, por cierto, todos nuestros pueblos, ineludiblemente, frente a problemas comunes, en una misma situación histórica, a lo largo de más de un siglo? ¿Nada significaban hasta hoy para nosotros la vecindad geográfica, la unidad de lengua, el nacimiento simultáneo a la vida política? ¿Cómo no alcanzábamos a advertir que por encima y por debajo de la vida nacional de cada uno de nuestros países se movía la realidad magnífica de Hispanoamérica, sin la cual la existencia individual de cada Estado se convertiría en un destino escaso, ululante, sin altura?

Frecuentemente me ha sorprendido la escasa atención que se ha dedicado al estudio de uno de los más apasionantes temas de la filosofía política: el proceso de formación de las ideas políticas, de las ideologías, de las utopías, en la mente colectiva; acaso pudiera elaborarse con tales materiales una teoría del conocimiento político. He aquí un tema fundamental que habría de ponerse en cuestión: ¿cómo, cuándo se produce en la historia de los grandes pueblos, como súbita y embriagadora luz, la conciencia de su unidad de destino? Generalmente es en los momentos de decadencia, cuando se ha perdido el impulso creador y se ha dejado atrás un ingente pasado lleno de gloria, cuando surge una orgullosa idea de unidad, ya inútil, retrasada y con un puro valor nostálgico. ¿Es ésta, acaso, la situación de Europa, en esta trágica postguerra, cuyo único lenguaje es la retórica y la frivolidad? Dios no lo quiera. No hay en nuestro corazón un sentimiento más fuerte que el de fidelidad a la vieja madre Europa. Pero, sea como sea, el hecho es que, justamente al contrario, nuestra conciencia de unidad política iberoamericana nace en el momento de la máxima vitalidad de nuestros pueblos, no es producto nostálgico de un pasado ya muerto, sino el único signo posible del futuro.

Pero, justamente por el carácter necesario, insoslayable, con que se presenta a nuestros ojos una política de unidad hispanoamericana, es preciso que este programa de unificación se realice con plena voluntad política, como resultado de una enérgica inspiración revolucionaria. Nada de lo que hoy puede verse en el sentido de las corrientes de unidad iberoamericana está orientado en esta línea segura. Con frecuencia leemos artículos de prensa o discursos de propaganda electoral en que, todavía débilmente, pero superando ya el viejo prejuicio localista, se preconiza la necesidad de una "unificación de las naciones latinoamericanas". Dos son los puntos de partida de tales tesis: es el primero un principio económico; las repúblicas de Hispanoamérica, para estar con el proceso de la economía mundial, habrán de irse integrando poco a poco en un gran bloque económico que defienda los intereses particulares de cada región o país y promueva al mismo tiempo el desarrollo económico general. El segundo se basa en un criterio imitativo; puesto que, según se ve, tanto en Asia como en Europa se han venido constituyendo después de la guerra grandes bloques continentales o raciales, de igual modo, la América hispana debería federarse como una nueva Liga Árabe o una réplica de la Unión Europea.

Estos anhelos de unificación se basarían, pues, en una visión de los procesos económicos o políticos del mundo, como una realidad necesaria impuesta desde fuera. No es difícil observar, sin embargo, que sólo podría

ser fecundo un ideal de unificación surgido a la vista de la realidad interna de Hispanoamérica, considerando la unidad como un atributo esencial de su ser histórico, esto es, como una necesidad vital de los pueblos que la constituyen, y que habría de ser históricamente realizada con plena voluntad política, gracias a un esfuerzo consciente y auténtico.

Considerando, pues, desde un nuevo ángulo el destino de Hispanoamérica, resulta que si hoy nuestras naciones aún permanecen al margen de la Historia mundial, con un peso político infinitamente mezquino en comparación a la gran vitalidad norteamericana, no se debe ello a otra causa que a la disgregación política, al localismo nacionalista en que se ha fraccionado la gran unidad histórica de Hispanoamérica.

Por eso hemos dicho que una de las más altas funciones de la política es revelar. Para nosotros, Hispanoamérica es una realidad existente, previa a cualquier postura política. No es una suma de naciones unidas por las circunstancias internacionales o económicas de nuestro tiempo. Para el pensamiento liberal la verdad, en política, es una verdad *producida* por el libre juego de ideas contrarias; para nosotros, la verdad es una verdad *revelada*, extraída de la realidad social y del destino político de la comunidad: una verdad que surge así limpia de influencias contrarias. Nosotros hemos descubierto la espléndida realidad de Hispanoamérica y en esa realidad no caben ideas o supervivencias liberales; esa realidad nuestra inaugura una época nueva, revolucionaria, en el destino de nuestros pueblos. Se torcería el rumbo de nuestras naciones si ellas resultasen unidas forzosamente, obedeciendo sólo al juego de los intereses económicos, sin tener a la vista una idea universal como raíz y justificación de la unidad.

Hoy es ya para todos una verdad cierta que todos los pueblos hispanoamericanos han seguido el mismo ritmo histórico y que, tanto en los movimientos políticos como en las corrientes artísticas, un evidente paralelismo ha presidido la evolución de las formas. Los países que han alcanzado una privilegiada posición económica o que han visto crecer su población en un ritmo superior, poseen, en el fondo, los mismos estilos de vida, idéntico carácter, las mismas deficiencias profundas que los otros países con menor desenvolvimiento.

Y hoy, salvo escasas diferencias que no afectan a lo esencial, Hispanoamérica presenta, en una y otra parte, la misma faz, iluminada de optimismo y abrumada de deficiencias.

Veamos, brevemente, dos ejemplos significativos: el idioma y los estudios universitarios.

El ejemplo del idioma. A lo largo de todo el siglo pasado se pensaba —y la más ilustre expresión de este pensamiento está en Bello y en Cuervo— que el castellano, en América, se iría fraccionando con el tiempo en diferentes formas idiomáticas, de igual manera que el latín había dado origen a las distintas lenguas románicas por un proceso de lenta e inevitable transformación. Sin embargo, hoy, aparte de que ya nadie desea el cumplimiento de tales augurios, está completamente desechada la posibilidad de un fraccionamiento del idioma. Las más importantes investigaciones científicas

han llegado a la conclusión de que el castellano es, como las lenguas eslavas o el árabe, una lengua estable; el francés, el inglés serían, al contrario, profundamente centrífugos e inestables.

El ejemplo de los estudios universitarios. De todas o de casi todas las Universidades de la América española podría hacerse un mismo diagnóstico que mostraría una situación más o menos uniforme de incipiente o de desviación. Tres son, para mí, los más graves síntomas: uno, un afán insólito, desproporcionado, por seguir la moda en las corrientes culturales, sin ahondar en los orígenes, en las raíces de los distintos saberes. Segundo, la falta de una verdadera investigación científica, y, por último, la falta de especialistas en las ciencias culturales. Permítaseme decir dos palabras acerca de lo primero. El más grave peligro de dejarse influir por la moda, por lo último, es, naturalmente, la superficialidad; quien quiera estar “a lo último” en las corrientes culturales, necesariamente ha de trazar grandes síntesis generales para explicarse todo lo que queda detrás de los “movimientos de vanguardia”, sosteniéndolos y dándoles un sentido. El joven estudiante que se hace marxista o existencialista porque éstos son movimientos que están en boga, se contentará con dibujar grandes trazos intuitivos para explicarse por qué estos movimientos llegaron a ser lo que son. Le basta con saber que son, que están ahí. Y, como corolario natural de todo ello, las grandes generalizaciones, la huida de los datos concretos. Las grandes construcciones históricas o sociológicas sobre las nociones generales de las distintas ciencias sucederán al estudio concreto, odioso pero indispensable, de las técnicas profesionales rigurosas, de las disciplinas de especialización.

Acaso estos dos ejemplos pongan de manifiesto mejor que cualquier argumentación la identidad de aspectos que, en lo bueno y en lo malo ofrecen nuestros países. Lo importante es observar, no tanto la situación igual que, hoy por hoy se presenta en uno y otro país, sino más bien la correspondencia de procesos históricos que da al conjunto de nuestros pueblos una unidad de cultura indisoluble.

Tal vez en toda la historia de la humanidad no se ha presentado más que una sola situación comparable a esta magna unidad de pueblos. Ella es la Edad Media cristiana. Wyndham Lewis, en su popular biografía de Carlos V —como recuerda en un artículo reciente el Sr. J. M. Álvarez Romero— hacía notar que en el siglo XIII, un viajero que partiese desde la lejana Estocolmo en peregrinación a Roma, recorrería en su camino pueblos en los que dominaba un idioma el latín, una religión, una misma concepción de la vida. ¿No es verdaderamente asombroso que no hayamos reparado aún en que la misma luminosa perspectiva de unidad se da hoy en nuestras naciones?

Hay que reconocer, sin duda —lo contrario sería caer en esa tópica literatura panegirista— que Hispanoamérica se halla aún muy lejos de “estar en forma” políticamente. No hemos transpuesto aún esa etapa puberal de los fáciles deslumbramientos ante los éxitos ajenos, ni tampoco hemos superado ese período de las angustiosas dudas, de las cavilosas extremas sobre el propio destino histórico. Carecemos de seguridad, carecemos de una lúcida conciencia nacional. Somos, pues, pueblos que no están en forma.

Aunque no falten los “señoritos satisfechos” jactándose de que en la ONU y en los Congresos internacionales se otorga a los delegados sudamericanos la presidencia de las sesiones.

Porque, si esto ocurre, no es porque nuestros representantes sean ni más ilustrados ni más expertos, sino sencillamente, porque los sudamericanos no representan problema para los contrapuestos intereses internacionales, ya que carecen de tradición y de criterio propio. Y acaso no pueda decirse cosa más grave de un ciudadano y de una nacionalidad.

No son, pues, los nuestros, “pueblos en forma”, mas, lo importante es que, por encima de ello, son “un solo pueblo”: no han alcanzado aún altura histórica, pero están dotados de la más fértil levadura cultural: la unidad.



ECA

Estudios Centroamericanos

Revista de Orientación y Cultura dirigida por los PP. Jesuitas de Centro América.

DIRECTOR: Francisco Peccorini Letona, S. J.

REDACTORES: Rafael Burgos, S. J.—Alfonso M^a Landarech, S. J.—Gustavo Oliva, S. J.—Ladislao Segura, S. J.

ADMINISTRADOR: Bernardo Melero, S. J.

Dirección y Administración: Seminario Central “San José de la Montaña”.
Apartado 78 — Teléfono 5769. San Salvador,
EL Salvador, C. A.

NOTA: Los canjes y correspondencias remítanse al Apartado 78.